

A través del espejo

Modesta contribución al progreso de algo

Hugo Hiriart

El viajero mexicano está predestinado a sorprenderse con la arrogancia del mendigo español. El viajero español, a su vez, está predestinado a sorprenderse con la arrogancia del pordiosero inglés, que ya es extrema, es decir, pide limosna de tal forma que bordea el delito de amenazas.

La ética de la limosna no es tan obvia como se cree, y tiene reglas que más vale observar. Un ejemplo. Veamos esta escena real, de fines del siglo antepasado en México. Un abuelo sale del teatro de revista y es abordado por un limosnero.

—Tenga, hombre, pero trabaje, todavía está joven... —le dijo el abuelo dándole unas monedas.

—Con exigencias, no —contestó el mendigo y arrojó con violencia las monedas al suelo.

—Óigame malagradecido, cabrón —vociferó sorprendido el abuelo.

—Con insultos, menos —respondió el mendigo alzando la voz, e insultó al abuelo en términos soeces, pero eso sí, sin dejar de tratarlo de usted, ya que la urbanidad era grande en esos tiempos.

El abuelo, que tenía muy mal carácter, quiso pasar a los hechos, y maltratar de obra al insolente, pero el insolente lo golpeó con un chuzo (o garrote, como el refrán) en un hombro.

Hasta aquí esta escena pintoresca de la vida real. Observemos que el mendigo tiene toda la razón y que su violenta indignación es justa: la tradición no autoriza al abuelo a condicionar la limosna y menos a soltarle al pordiosero líneas generales para que dirija su existencia. ¿A cuenta de qué se permite tratar a un desconocido con esa torpe suficiencia y esa no pedida familiaridad? ¿Qué no hay respeto para el prójimo y andamos en la calle diciéndole a la gente lo que debe hacer y lo que debe evitar?

Este detalle de equivocada conducta moral se aprecia muy bien en un epigrama de Marcial. El poeta le pide dinero a un amigo. Éste se lo da y le dice:

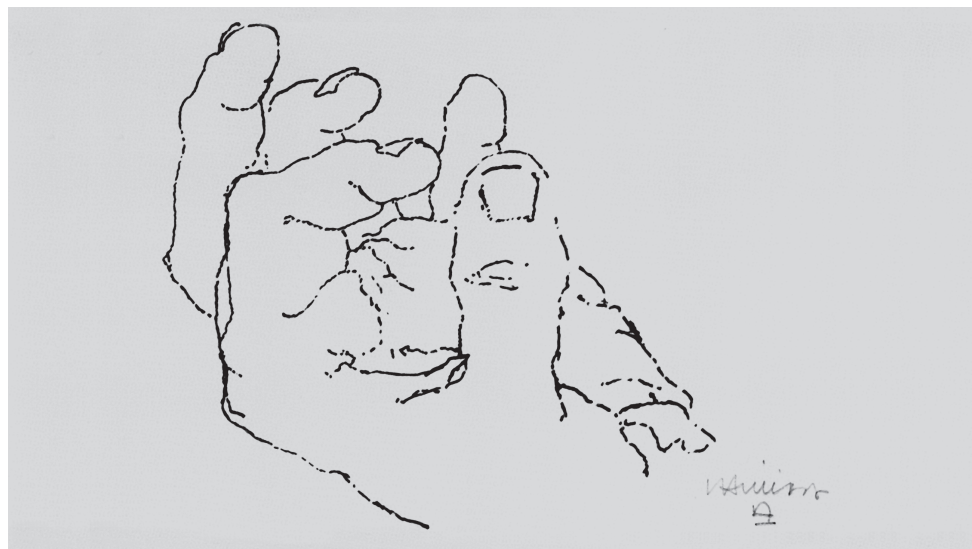
—Deberías ejercer como abogado, ganarías dinero.

Marcial responde secamente:

—Te pedí dinero, no consejos.

Tiene razón el satírico latino: es insostenible la altanería, la hueca superioridad paternalista del que da la limosna. No sólo es antiestética en extremo y sin la menor delicadeza, sino que denuncia una zona de apagón en el sentido ético de quien la ostenta. Porque no es vergüenza no tener dinero —Dios sabe a cuántas cosas ingobernables puede obedecer la miseria—, vergüenza es tener mucho dinero en un país donde hay tanta gente que no tiene nada. Dígame usted: cuando se acerca alguien a pedir lo que sea su voluntad, ¿no siente usted, entre otras cosas, algo de culpa?

No es fácil dar caridad sin incurrir en desvaríos de superioridad. Por eso he pensado que sería conveniente dirigir nuestra prédica no hacia los ricos —ya sabemos que son desalmados y no van a cambiar— sino hacia los limosneros mexicanos, cuyo atraso es lamentable, todavía sumisos y tercermundistas, a fin de que puedan mejorar su técnica y elevarla hasta la excelencia violenta y orgullosa alcanzada por los pordioseros en los países del primer mundo. El terreno es fértil en nuestro país y tenemos en este renglón amplio espacio para el progreso, habida cuenta de que, en el agujero negro en el que hemos caído, el número de mexicanos en mendicidad, ya directa, ya disfrazada, aumente tumultuosamente cada día, y todo augura que seguirá creciendo a ritmo acelerado, de alud, con la incorporación a la práctica, no sólo de toda clase de personas que antes se consagraban a otras actividades, sino principalmente por la incorporación de las nuevas generaciones de connacionales que van naciendo con nuevas esperanzas a nuestra cada día más débil vida económica de nuestro país. He dicho. **U**



Eduardo Chillida, *Mano*, 1961